



Carta abierta a los hombres de buena voluntad

Queridos todos:

Si abrimos un periódico, si oímos las noticias de la radio, si vemos los telediarios de la televisión, si, en fin de cuentas, prestamos atención a lo que pasa en el mundo, nos encontramos con un clima de muerte, de desolación y de ruina. Vemos cómo mueren los inocentes a manos de las hordas que, en nombre de un credo político y hasta por una creencia religiosa, van eliminando todo lo que encuentran a su paso.

No existe ninguna creencia humana, ni en ningún otro concepto del orden que sea, que disponga de la vida humana para conseguir sus objetivos. Hemos hecho del asesinato una justificación de nuestros ideales. Llegamos al inocente hombre de la calle con la espada desenvainada, y la clavamos para que esa punzada justifique las exigencias de nuestro credo. Es como una tarjeta de visita que reivindica el atropello y el desprecio por la vida del hombre.

Si miramos la historia del mundo podemos observar que en todas las épocas han existido estas tendencias al crimen para conseguir algo que siempre vale menos que la vida de un semejante. Las revoluciones se han hecho a base de sangre, justificando aquello de que el hombre es una fiera para el hombre. Intentamos triunfar eliminando, a veces de una manera tan directa como es el tiro en la nuca o el corte en la yugular, a la vista de todos, dejando en el pecho del ejecutor la sensación del deber cumplido.

Este sistema de vida, este andar por la tierra a merced de una bala mal intencionada, nos llena de temor, de incapacidad y de miedo. Porque es mentira que un hombre que ha sido amenazado, que sabe que su vida corre peligro, viva exactamente igual que antes de ser amenazado. Este individuo ya va por la calle inseguro, porque sabe que en cualquier momento puede ser agredido y muerto en el peor de los casos. Y esto aunque vaya acompañado por un guardaespaldas. Y eso le llena de preocupación y de angustia. Y este miedo oculto, este querer dar la cara para que la gente no diga, es, junto con el arma homicida, lo que le sirve al atacante para organizar su celada.

Naturalmente este clima de inseguridad tiene su razón de ser, entre otros muchos, en un fenómeno social que se da en nuestros días: un claro talante ateo, que caracteriza a nuestra época y la dota de todas sus ventajas e inconvenientes. Todos estamos sujetos a una leyes orgánicas y civiles, que son las que rigen las conductas y nuestras acciones, pero si el hombre no tiene el freno de la fe, si aun teniéndolo no se siente parado por su conciencia, ocurre todo lo que está pasando. El hombre sin Dios, podrá ser un erudito, un sabio, un atleta, lo que usted quiera, pero le faltará el temor de que va a ser juzgado por Dios. Y apostilla tranquilamente: Dios no existe, nadie va a juzgarme, siempre que mi crimen quede en la más absoluta impunidad. Y cuando esto ocurre, hay una «explosión» que conmueve los cimientos del cielo.



por
ANTONIO INIESTA

Dentro de este clima sin Dios a que antes me he referido, dentro de todo este tinglado esperpéntico donde se van proyectando las secuencias de nuestra vida, uno puede mirar el entorno y quedar horrorizado de lo que pasa, pero si nos hemos sumergido en nosotros mismos de tal manera que quede desdibujada la razón, si uno piensa que todo lo que ocurre ya estaba escrito en las estrellas, si nos señala el dedo de la indiferencia, si nos hemos olvidado que también nosotros formamos parte del elenco de los buenos y de los malos, si sólo miramos el beneficio que nos puede traer pescar en aguas tan revueltas, si vamos a dejar a su libre albedrío los siete pecados capitales, en los que de una manera o de otra todos estamos involucrados, entonces todos seremos cachorros de una misma camada, esperando que el tiempo nos haga lobos y predomine la ley del más fuerte, de la dentellada y del odio.

Es muy posible que usted, hombre cabal, piense que es muy radical todo lo que acabo de decir, pero si mira a su alrededor, si echa un vistazo a las noticias diarias, verá que a pesar de mi radicalismo, hay un angustioso fondo de verdad.

A dónde vamos, qué pasará si Dios sigue desapareciendo de nuestras vidas, qué será del cuchillo que no se detiene ante los niños.

Yo no quiero dar respuestas a todas estas interrogantes, será el tiempo el que responda a todas estas preguntas.

Con todo mi afecto, vuestro siempre servidor y amigo.

SONETO

*Mientras haya una flor en los rosales,
y un regajo de agua en el reguero,
mientras tu amor se sienta compañero,
le cerraré la jaula a mis chacales.*

*Mientras huelan a incienso los misales
y haya un dios que se siente pordiosero,
mientras digan las bocas un te quiero,
se borrarán mis puntos cardinales.*

*Mientras tus manos por la lejanía
lleguen hasta mis labios ateridos,
llenándome de verbos mi apatía.*

*Mientras tu amor te nazca cada día
y se vista de lirios florecidos,
podré crearme que tu tierra es mía.*